

Rafael Ramos Galván*

Despedir, en nombre de la Academia Nacional de medicina, a uno más de sus ilustres miembros, suele poner a prueba el aguante sentimental y el vigor mental del orador designado para tan honrosa cual dolorosa faena. Notoriamente así, cuando éste se ve constreñido a encontrar un precario equilibrio entre la sobriedad que impone un relato necrológico y la emoción de poder dar fe del tránsito vital de un personaje que impuso su propia esencia humana a toda una época de la medicina y en particular, del movimiento pediátrico mexicano.

Rafael Ramos Galván fue hijo de un matrimonio de profesores de la Escuela Normal de Xalapa, que dieron fama a la misma y gran parte de su renombre y poder de atracción. Lo que de sus padres heredó en actitudes, motivos e intereses posiblemente modeló la vocación profesional de sus propios tres brillantes hijos.

A tono con su idealismo y sus ideales, Ramos Galván escogió para cumplir con el entonces nascente servicio médico-social rural, al Estado de Yucatán. Lo que allí vivió de injusticias sociales y de sus obligadas expresiones nutricias –recuérdese que pelagra y xeroftalmía todavía eran allí endémicas– lo movieron a dedicar su vida profesional a la ciencia de la nutrición, concretamente la aplicada a los niños, y para esto se adiestró y habilitó durante varios años en el Instituto de Nutrición de Buenos Aires.

Todavía mejores aires lo recibieron a su regreso a la Patria, en 1942. Formaría parte de la plantilla fundadora del Hospital Infantil de México y al amparo de esta alma mater –*nutricia madre, nota bene*, de la pediatría nacional, publicó su primera gran disertación acerca de las condiciones alimentarias y nutricias de México. De la coincidencia de sus

enfoques sociales y científicos con los ideales de Federico Gómez surgieron en el Hospital la Sala de Nutrición y aquel Grupo para el Estudio de la Desnutrición en el Niño, el de los tres mosqueteros que como los de Dumas, fueron cuatro, que tan grande visibilidad mundial diera a la pediatría mexicana, ya tantos alumnos y colaboradores nacionales y extranjeros atrajera. De esas experiencias surgiría más tardes en 1969, su opus clásico, Desnutrición en el Niño. Profundo conocedor de la biología y experto en auxiología, amplió el concepto de homeorresis y lo aplicó a la comprensión de los peculiares patrones de crecimiento de los niños de condición nutricia subóptima. En su incesante búsqueda de nuevas fronteras intelectuales, se adiestró y alió con psicólogos, sociólogos y antropólogos, y al ingresar a esta Academia, en el año 1966, forjó para su trabajo de ingreso el concepto del Síndrome de Privación Social. En 1968 movió a la Academia Mexicana de pediatría a celebrar un simposio y publicar la correspondiente memoria acerca de Humanismo y Pediatría; y en 1979, a la recién formada Asociación Mexicana de Pediatría, a organizar un coloquio de padres, educadoras, maestros y médicos, cuyas trascendentes deliberaciones quedaron plasmadas en aquel volumen dedicado a El Crecer de Nuestros Hijos. De sus actividades como médico escolar y de su abundante clientela privada, emanaron su bien conocido estudio semilongitudinal de 5533 niños hasta de 18 años de edad, y del mismo, las tablas de valores somatométricos que desde 1975 sirven de pauta y referencia para interpretar el crecimiento de los niños de México. Diez años después, de retorno a sus intereses intelectuales primigenios, enriqueció la literatura médica nacional con su

*Leído por el académico Silvestre Frenk en la sesión ordinaria de la Academia Nacional de Medicina, el día 3 de marzo de 1999.

revolucionario libro Alimentación Normal en Niños y Adolescentes. Teoría y Práctica. Completó su quehacer académico aportando como jefe de asesores, su vasta experiencia al entonces Secretario de Salud, doctor Jesús Kumate, y seguramente contribuyó así a la especial fisonomía sanitaria de esa gestión gubernamental.

Ramos Galván, amén de una increíble capacidad para trabajar y hacer trabajar a su colaboradores, poseía y transmitía al entorno su inusual vehemencia anímica, y expresiva, agudeza de ingenio y facilidad de palabra. Pero detrás de la figura de insigne investigador, también se percibía la del médico íntegro, casi diríamos “a la antigua”,

pronto a acudir, a la tres horas de una madrugada, a atender aun niño que había enfermado de difteria hoy día connotado académicos salubrista.

Rafael Ramos Galván falleció el día 12 de noviembre de 1998 a la edad de 84 años. Su esposa Olga le seguiría unas cuantas semanas más tarde. Para sus amigos, sus colegas, académicos y pediatras, sus alumnos, los de hoy y de mañana, ellos siempre estarán presentes entre nosotros.

Silvestre Frenk